

Sermón breve sobre Romanos 1:16-17
La iglesia de San Marcos
Watertown, Wisconsin
Pastor Karl Walther
Reforma Luterana
31 octubre 2004

Como vieron en la película—en el treinta y uno octubre, en mil quinientos diez y siete, hace cuatrocientos ochenta y siete años hoy: clavó Martín Lutero las noventa y cinco tesis en la puerta de la Iglesia del Castillo en Wittenberg de Alemania. Así comenzó la „reforma luterana”. La consideramos – y ¡la celebramos! – esta noche.

Pero nos preguntamos: ¿Por qué? ¿Por qué celebramos la reforma luterana? cada treinta y uno de octubre. Y ¿Por qué nos llamamos „luteranos”? En efecto ¿Quién es Martín Lutero? Déjenme explicar brevemente.

En las semanas pasadas, estudiamos los Hechos de los apóstoles. En los pocos años después de la muerte y la resurrección de nuestro Salvador, los apóstoles eran los líderes de los cristianos. No más que cuarenta años después de los días de nuestro Señor, los cristianos se persiguieron. Y así continuó la persecución durante doscientos cincuenta años.

Entonces el Emperador Constantín llegó a reinar. Hizo que el cristianismo era leal—aún la única religión leal en el Imperio Romano. Muchos llegaron a ser cristianos, y Roma se hizo el centro del cristianismo. Pronto el obispo de Roma se hizo el líder de los cristianos. Se llamaba el papa.

Por desgracia, el papa comenzó enseñando unas doctrinas muy falsas. Enseñó que se salva por hacer bien—y no por confiar en Cristo únicamente. Enseñó que se entiende la Biblia únicamente por la interpretación de él. Enseñó que hay cristianos mejores – los curas, los obispos, el papa – y cristianos peores – el resto de la gente. Y estas enseñanzas falsas dominaron la Iglesia Católica Romana.

Así nació Martín Lutero, hace unos quinientos veinte y uno años. Era católico de una familia católica. En edad joven, se hizo cura en la Iglesia Católica Romana.

A pesar de ser buen católico, Martín Lutero tuvo mucho miedo. Temó „la justicia de Dios.” Jesucristo era, para él, un Dios terrible. Pensó, “Dios demanda justicia perfecta, porque es Dios perfecto. Aunque me porto bien, soy pecador miserable de entre pecadores miserables. No soy perfecto. Seguramente, Dios me castigará por mi pecado.” Por esta causa dijo Lutero en uno de sus himnos, „Para mí la vida se hizo infierno viviente.”

¡Gracias a Dios! Martín Lutero se puso a estudiar las Escrituras. Como profesor en la universidad de la ciudad capital de su estado, aún enseñó la Biblia. Y encontró este pasaje – está escrito en sus folletos – y en Romanos, capítulo uno, versículos diez y seis y diez y siete: **A la verdad, no me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para la salvación de todos los que creen: de los judíos primeramente, pero también de los gentiles. De hecho, EN EL EVANGELIO SE REVELA LA JUSTICIA QUE PROVIENE DE DIOS, LA CUAL ES POR FE de principio a fin, tal como está escrito: „El justo vivirá por la fe.”**

¿Entienden lo que aprendió Lutero por medio de este pasaje? Sí, Dios es justo, y demanda la justicia—pues es Dios santo, perfecto, y intachable. Pero lo que Dios demanda, Dios nos lo da. Por la fe en Jesucristo, la justicia de Jesucristo mismo es nuestra justicia. Por su inocencia, por su perfección, por su santidad, nos ha calificado entrar por las puertas del paraíso en el cielo mismo. Además: murió en la cruz como el castigo de cada uno de nuestros pecados.

Pues, Pastor y Profesor Lutero tuvo que compartir con otros estas buenas noticias, este evangelio. Así que escribió las noventa y cinco tesis. Así que escribió una multitud de libros. Enseñó que hay un solo camino a la salvación—no las buenas obras, sino nuestro Salvador Jesucristo. Enseñó que hay una sola autoridad en la iglesia—no el papa, sino la Biblia. Enseñó que hay una sola familia espiritual—no los curas con sus inferiores, sino Dios nuestro Padre, y somos todos hermanos.

Y ¡Gracias a Dios! creemos lo mismo hasta hoy día. Y por esta causa, nos llamamos luteranos. Lutero mismo no es personaje importante. ¡No lo adoramos! Sin embargo, lo que creyó, enseñó, y confesó—creemos nosotros, enseñamos nosotros, y confesamos nosotros. Por esta causa, de buena gana, nos llamamos la iglesia luterana.

Y por esta causa, celebramos hoy. El buen Espíritu nos dio las Escrituras. Nuestro buen Salvador nos rescató del pecado. El buen Padre nos hizo su familia.

Y en efecto: celebraremos eternamente. Amén.